

FLOWSTREET STRATUS

LAS ENTRAÑAS DEL DIABLO

UNA CARRERA
QUE LO CAMBIARÁ TODO



mī

Índice

Portada

Dedicatoria

- I. El pañuelo de Elvis
- II. Las entrañas del diablo
- III. El arte de la guerra
- IV. La suerte está echada
- V. Vacaciones forzadas
- VI. Un secuestro dorado
- VII. La vida es Dulce
- VIII. ¡Que comience el espectáculo!

Epílogo. Home, Sweet Home

Colofón (Para los créditos de una buena película)

Créditos

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre
parte

Com-

Quiero dedicar todo mi aporte en este libro a mis padres, Miguel y Fini; sin su confianza y apoyo no habría sido capaz de cumplir mis sueños.

A mi novia, Anabel, que está ahí día a día y es fundamental en mi vida y en mi estado emocional.

Y a todos los suscriptores y fans que dedican todo su cariño y su tiempo a hacerme feliz.

Flow

Quiero dedicar este libro a las personas que más quiero en este mundo: mis padres, David y Gisele; mis abuelos, Josefina y Segundo, y mi novia, Silvia.

También, a dos amigos maravillosos como Jose y Sonia. Gracias por apoyarme y confiar en mí cuando me embarqué en esta loca aventura de YouTube, que me ha dado la posibilidad de realizar algo que jamás imaginé: un libro.

Y, evidentemente, a todos mis suscriptores, ya que sin ellos nada de esto sería posible. Gracias por estar día a día apoyándome y dándome todo vuestro cariño.

Stratus

I. EL PAÑUELO DE ELVIS

Memphis, ese podría haber sido el nombre de un corredor, de un emperador o de una ciudad del antiguo Egipto. Podría haber sido el nombre de una mujer de las que te dejan cicatrices o de una curva cerrada de las muchas que provocaban accidentes en las carreras del Medio Oeste. Pero no. Matt, el dueño de aquel garito, bautizó el local con ese nombre porque en Memphis estaba enterrado el Rey del rock: Elvis. A Matt le gustaba pasear su oronda barriga por detrás de la barra, mostrando a todos una cara de pocos amigos, su larga melena plateada, su barba desaliñada y una mirada arisca. Siempre estaba protegido por unas gafas de sol redondas que no se quitaba ni para dormir. Dicen que conoció al Rey, al mismísimo Elvis, en su última gira y que este le lanzó uno de sus pañuelos sudados mientras entonaba una balada de amor. Lo había conservado sin lavar y lo exponía enmarcado junto a las dos mesas de billar. La edad de Matt era indescifrable, todos especulaban con ello, incluso había una tabla de apuestas sobre aquella misteriosa cifra. Él había prometido resolver el misterio en Navidad, justo en Nochevieja, lo que nunca dijo fue de qué año.

El bar Memphis era el refugio de los corredores, donde celebraban las derrotas y las victorias. Cuando se corre en carreras de dudosa legalidad hay que poder hablar de las aventuras del día sin encontrar oídos curiosos. Dicen que una vez entró un policía disfrazado de motero. Matt levantó la mirada, dejó de fregar los vasos, se colocó las gafas y soltó una gran carcajada. Dicen que incluso le invitó a una copa. Se acercó y le dijo con voz susurrante: «Polizonte, a

esta invita la casa. Tómatela y no vuelvas por aquí». El tipo se marchó sin apenas probar un trago. Hay que tener olfato para montar un bar como el Memphis, y Matt huele a las personas.

Stratus, Flow y varios de sus colegas se dedicaban a correr de noche por las calles de Los Ángeles. Unas carreras que aparentemente no existían, que no salían publicadas en ningún periódico, en ningún telediario, pero que todos conocían en los barrios. Competían con corredores de muchas ciudades, incluso de fuera de los Estados Unidos, pilotos que querían medirse con los dos mejores, y esos eran ellos. Su fama había atravesado las fronteras. Las normas de las carreras eran sencillas: no había reglas, solo ganar. Sin embargo, poco a poco se había establecido una especie de código, un conjunto de leyes no escritas que los competidores debían respetar.

Aquella noche hubo varios accidentes, siempre sucedía lo mismo en la Carrera del Valle, en la montaña. La luna llena como única luz en la bajada, curvas de 360 grados, ramas caídas y algún animal despistado. Empezaron casi diez corredores, pero solo pudo terminar Stratus. Por suerte, ninguno de los accidentes fue mortal, tan solo huesos rotos y alguna magulladura. El último tramo, ya casi en la bajada a la autopista, había sido un duelo entre los dos grandes, Stratus y Flow, como siempre. Se habían mantenido pegados durante más de un kilómetro, hasta que el coche de Flow se rompió y se estampó contra los árboles. Apenas un susto. Y, como siempre, nada mejor que unas cervezas y una mesa de billar para llorar las penas o celebrar las victorias.

—¿Tú crees que olerá a sudor todavía? —preguntó Flow.

—¿El qué? —respondió Stratus, concentrado en centrar la bola blanca del billar.

—El pañuelo, el pañuelo de Elvis... ¿será verdad?

—Y yo qué sé. Sí, imagino que sí. Pregúntale a Matt, lo mismo saca una recortada de la barra y no te vuelve a dejar entrar. Ya sabes cómo es —rio Stratus metiendo dos bolas de un solo golpe.

—Has metido una mía.

—No.

—Sí, una rayada y una lisa.

—Joder, siempre me pasa lo mismo, me desconcentras —sonrió Stratus.

—Me toca —Flow frotó la tiza en la punta del palo y observó el tapete verde un instante—. Si te acercas más esta noche me das un beso en el cogote.

—¿En la bajada?

—Sé que no te gusta estar chupando rueda, pero eso es lo que os toca a los perdedores.

—¡Pero si he ganado yo!

—Sí —rio Flow metiendo dos de sus bolas rayadas de un solo golpe—, porque se me ha roto el motor. Sabes que te hubiera dado una paliza, como siempre.

—¿Como siempre? No me hagas reír. Vamos siete a seis, solo me sacas una victoria este año —sonrió Stratus.

—¿Te ha gustado? Un golpe: dos bolas —preguntó Flow, señalando a la bola negra—. ¿Apostamos?

—Yo no apuesto contigo, ya lo sabes.

—¿Ni doble o nada?

—Ni doble o nada.

—Tú te lo pierdes.

Flow nunca perdía. No le gustaba perder. Eso se lleva dentro, hay gente que se conforma y otra que no. Flow nunca quiso ser el segundo en nada. Respiró, ajustó el taco de billar en su mano y, con un golpe seco, la bola 8 rozó levemente la esquina y salió de nuevo despedida hacia el centro del tapete.

—Eso, por chulito —rio a carcajadas Stratus. Flow se quedó unos instantes congelado, mirando el tapete como si no pudiera comprender lo que había pasado—. Menos mal que no hemos apostado, ¿cuánto era?, ¿doble o nada? —siguió burlándose mientras colocaba su taco para golpear.

—¡Vete a la mierda! ¡No sé por qué juego contigo al billar!

—Pues porque te gusta aprender —dijo Stratus metiendo varias bolas de un solo golpe. Luego colocó la negra, respiró y la introdujo en el agujero, ganando la partida.

—¡Eres un cabroncete, pero te quiero! —dijo Flow.

—Ojalá pudiera decir lo mismo... —volvió a reír Stratus —. Nunca apuestes contra alguien mejor que tú.

«¡Stan!», dijeron todos a una los clientes del bar, incluso Matt, cuando un viejecito abrió la puerta. Sin duda, uno de los personajes más míticos de cuantos deambulaban por el Memphis; el mecánico que todos querían tener, Stan. Era como una institución en el barrio y una especie de segundo padre para Flow desde pequeño, como el abuelo que nunca tuvo. Stan era pequeñito y delgado, enjuto, escondía las canas tras una boina negra, como buen irlandés, y siempre andaba sonriendo con un palillo en los dientes.

—¡Hola, chicos! —respondió el irlandés a todo el Memphis.

Stan sabía todo de los coches. Decían que, junto con Salvatore, el abuelo italiano de Stratus, que había trabajado para Maserati, era el que mejor conocía los motores por dentro. Había apadrinado a Flow desde que comenzó a correr en las carreras del barrio y siempre tenía su pequeño taller lleno de chavales intentando trucar sus motos o tratando de mejorar sus tartanas de segunda mano.

Lo de gritar todos su nombre era una de esas costumbres no escritas: cada vez que Stan entraba en el Memphis, la gente detenía lo que estuviera haciendo para decir en alto su nombre. Y a él esas cosas le gustaban. Respeto. Conocía a todos desde niños, incluso a muchos de sus padres también. Era mejor verles correr en aquellas carreras, por muy peligrosas que fueran, que vestidos de naranja en una cárcel estatal. Quien más y quien menos, le debía algún favor.

Matt le sirvió una Guinness negra y la puso en la barra. Se decía que el impasible dueño del bar solo sonreía cuando limpiaba el polvo del cristal del pañuelo de Elvis y cuando veía al viejo Stan dar el primer trago de su cerveza irlandesa. Quizá Matt y Stan tenían también muchas historias que contar de su pasado, pero en aquel lugar nadie hacía preguntas.

—¿Ya me has jodido el coche, chico? —dijo Stan acercándose con la pinta hasta la mesa de billar donde comenzaban una nueva partida Flow y Stratus—. ¿Es que no sabes cambiar de primera a tercera manejando el embrague?

—Ya estamos... Ahora la charlita... —suspiró Flow.

—¿Qué pasa, Stan! —le saludó afectuosamente Stratus—. A ver si tú convences a este perdedor de que ya está viejo para las carreras —comentó sonriendo mientras se acercaba a la barra.

—Sí, ¿viejo él? ¡Aquí el viejo soy yo! ¡Demasiado viejo como para perder el tiempo arreglando cigüeñales!

—No ha sido el cigüeñal —respondió Flow intentando defenderse.

—Ya, seguro. ¿Es que no puedes dejar un coche entero? —comentó Stan en tono conciliador—. Bueno, cuéntame, ¿cómo ha sido?

—Ya sabes, han ido cayendo todos hasta que nos hemos quedado él y yo —dijo Flow señalando a Stratus—. Lo de siempre.

—Ese chico es bueno, si viviera su abuelo para verlo estaría orgulloso. Siempre decía que tenía la mirada del tigre. Como tú.

—Yo prefiero la mirada del águila, de hecho. Ya sé que me vas a decir que me deje de tonterías, pero estoy pensando en diseñar un casco con un águila. ¿Te imaginas, abuelo? Daría miedo, ¿no?

—Estáis todos locos. Cuando yo corría íbamos a cara descubierta. Nuestro pelo en el pecho bastaba. Irlandeses, mexicanos e italianos..., nadie necesitaba máscaras ni cascos.

—No se lo cuentes otra vez, Stan —intervino Stratus acercándose de nuevo al billar con dos cervezas en la mano—. Toma, anda, para que aguantes la charla —acercó un tercio a Flow, que puso cara de desesperación—. Mirad a quién me he encontrado...

Eli era la hermana pequeña de Stratus. Para algunos, la típica niñita rubia, de ojos azules y rostro angelical que podría haber sido animadora del equipo de fútbol americano o la reina de la fiesta de fin de curso. Pero resulta que se pasaba el día investigando con su ordenador nuevas maneras de construir motores, métodos para implementar la entrada de combustible en los pistones. Sin duda era una friki de los automóviles. Pero ¿cómo iba a ser de otra manera, siendo la hermana de Stratus y habiéndose criado en los brazos del abuelo Salvatore?

—Hola, chicos —la alegría de su tono era evidente.

—¿Te ha dejado entrar Matt? —dijo Flow abrazándola—, ¿sabe que todavía no tienes los 16?

—Mira —Eli enseñó un carnet de identidad que Flow cogió y miró detenidamente, mientras pensaba que, en todo caso, aquellas no eran horas...

—Pero es falso...

—¿Sí? —le guiñó el ojo Eli—. A ver, listo, dime, ¿cuál es la diferencia? ¿Ahora eres del FBI?

—¿Y cómo lo has hecho?

—Impresoras con tinta magnética, como las que usan en la casa de la moneda. Un tipo que me debía un favor.

—¿Cómo que...? ¿Un tipo? —Stratus intuía un motivo de preocupación en todo aquello—. A ver, renacuaja, ¿cómo que un tipo te debía un favor? Como se enteren papá y mamá te van a...

—Bueno, no tienen por qué enterarse.

—Stratus, la pitufa te adelanta por la derecha —comentó Flow.

—Mirad esto —Eli se sentó en la mesa de billar haciendo caso omiso a los comentarios de uno y otro, y abrió el or-

denador portátil—: Me tenéis que prestar dinero, unos dos o tres mil dólares, pero no es a fondo perdido. Miradlo como una inversión —dijo.

—Sí, claro... y ¿qué más? —respondió Stratus sin acercarse siquiera a la pantalla.

—Bueno —continuó Eli, ajena a su desconfianza, mientras abría un par de programas—, alguien lo hará. Pero mirad...

La idea era un tanto rocambolesca, pero podría funcionar y Stan lo sabía. Eli había diseñado con un programa de 3D un motor con un sistema nuevo de refrigeración, utilizando materiales de cerámica. Había comprobado que podía soportar temperaturas de 1200 grados durante horas, sin apenas mostrar ningún tipo de degradación, como los transbordadores de la NASA. El problema era que debían reforzar la maleabilidad del material; la cerámica era muy resistente al calor, pero un golpe seco podría partirla en dos. La cuestión era encontrar un elemento que se pudiera mezclar con ella para obtener algo más dúctil. Eli estaba investigando con polímeros termoestables.

—Solo falta encontrar un horno que me fabrique el material —decía con sus ojos azules clavados en el ordenador—. Si conseguimos que las moléculas de cerámica estén unidas por el polímero, será casi irrompible.

—Stratus —comentó Flow intentando entender algo de lo que la niña mostraba en el ordenador—, Eli no se parece en nada a ti... ¡Es inteligente! —rio bromeando.

—Imbécil... —respondió Stratus sin hacer mucho caso.

—Niña, no puedes introducir esa cantidad de gas, se te romperá el motor. Eso no hay pistón que lo soporte —decía Stan mirando el diseño.

—Sí, si conseguimos que el material sea más ligero, pero más resistente, todo aguantará sin romperse.

—Ya —resopló Stratus—. Eli, cuéntale a Stan la bronca que te han echado papá y mamá. Ha provocado cuatro explosiones en el trastero en menos de una semana. Mi padre

ya no la deja acercarse ni al microondas para calentarse la leche.

—No, no —frunció el ceño Stan mordiendo el palillo que tenía entre los dientes—..., es un poco locura, pero puede ser.

—Gracias, Stan, menos mal que alguien tiene una neurona en este bar —dijo Eli y continuó con su explicación—: Ahora metemos una inyección de nitrógeno en un momento dado, cuando tenemos una recta larga o queremos adelantarnos a un corredor, pero dura qué... ¿15 segundos? Yo estoy pensando en casi un minuto, y sin quemar la casa —miró a Stratus—, chivato... Aumentamos el nivel de óxido nítrico y —apretó un botón del teclado—... ¡Voilà!, el motor se vuelve loco.

—Ya... —se acercó Flow—. No quisiera estar dentro de ese coche, con ese nivel de nitrógeno sería como una bomba nuclear.

—De verdad, ¡qué brutos sois! —dijo Eli cerrando el ordenador con desesperación—. No está hecha la miel para la boca del asno.

—¿A qué hora tienes que estar en casa? —preguntó Stan a Eli.

—Mis padres están de cena con unos amigos, así que...

—Pues vamos al taller y me cuentas todo esto más despacio. —El viejo irlandés miró a Flow—. Las llaves —dijo abriendo la mano en dirección hacia Flow, que echó mano a su bolsillo—. Espero no llorar cuando lo vea.

—Llorarás —rio Stratus—. Eli, no llegues tarde.

Stan y la pequeña se marcharon charlando sobre motores, gases y pistones. Stratus y Flow echaron un par de partidas más. Era un día normal, los chicos y chicas del barrio apuraban sus cervezas, otros jugaban al billar, algunas parejas movían el esqueleto y, en la barra, Matt canturreaba entre dientes los temas del Rey que estaban sonando. Pero todos sabían que la carrera había cabreado a más de uno. Se abrió la puerta de la calle y entraron cuatro o cinco tipos con cara de pocos amigos.

—¡Stratus! —gritó el más grande—, ¿dónde está ese cabrón?

Matt bajó la música y todos miraron hacia la entrada. Eran «los Dragones», una pandilla de corredores que siempre andaban buscando jaleo y que habían salido mal parados en la bajada de la montaña. Competían dos de ellos; el más grandullón era conocido como «el Negro», aunque era más blanco que una tiza, de padres, abuelos y bisabuelos blancos. Nadie sabía por qué le llamaban así, aunque corrían ciertos rumores. Y el otro, un mulato muy pequeñito que siempre buscaba pelea, apodado «el Pinga». De cuando en cuando iban al Memphis a hacerse ver y dar unos puñetazos después de una carrera. Era como un deporte propio del barrio donde no pocas veces las tensiones se solucionaban así: a tortazos. Luego se hacía un fondo, se le pagaban a Matt los desperfectos del local y todos contentos. Pero esta vez parecía que andaban algo más tranquilos. Los cubanos se acercaron a la barra y pidieron dos o tres botellas de ron.

—Algo de razón tiene el Negro —comentó en voz baja Stratus—, en la curva le he metido el morro y se ha estampado contra un árbol.

—Eso no se hace —sonrió Flow tratando de disimular—. Al Pinga le he echado yo con un volantazo y se ha ido campo a través. Se ha debido de cagar encima.

—Bueno, ¿qué?, ¿nadie va a invitarme a una cerveza? —la voz de Ana, que se acercaba a la mesa de billar de Stratus y Flow, interrumpió la conversación de los dos amigos.

—Pero si luego te invitamos y nos llamas machistas —dijo Stratus.

—Hoy no..., hoy me dejo invitar.

Ana era una preciosa morena de padre mexicano y madre estadounidense. Había nacido en el barrio y era de las pocas de su calle que habían conseguido hacer una carrera; a pesar de las penurias económicas que pasó su familia,

ella, gracias a sus buenas notas, fue consiguiendo becas y más becas con las que pudo terminar los estudios superiores en una modesta universidad. Mientras, trabajó de camarera, de limpiadora, de cajera, en el puesto ambulante de tacos de sus padres, y al final se convirtió en educadora social. Podría haber elegido otra cosa con más posibilidades de alcanzar un puesto relevante en el mundo del dinero, pero decidió quedarse en el barrio para ayudar a los más desfavorecidos: los pobres y los inmigrantes sin papeles. Eso le granjeó el respeto de todos los grupos, hasta los enemigos acérrimos de otros barrios cuidaban de ella. Había montado una asociación para ayudar a los chicos que estaban en los reformatorios, para evitar que fueran a la cárcel, y había entrado a trabajar en una ONG internacional que ayudaba a los emigrantes desplazados por conflictos bélicos o que huían de la pobreza.

Flow siempre se sentía algo incómodo cuando ella llegaba, se le cortaba la respiración, le inundaba un sudor frío y parecía no encontrar esas palabras que en otros momentos fluían hacia su garganta rápidamente. No podía mirar más de un segundo a los ojos color miel de Ana y se sentía como desprotegido, como si volviese a ser un niño sin recursos. En resumen, que estaba enamorado de ella desde hacía años, desde la escuela, pero nunca se había atrevido a decírselo. Había estado con muchas mujeres, relaciones esporádicas, incluso alguna larga, pero siempre había estado pensando en ella. Siempre. Aunque eso nadie lo sabía. Incluso parecía molestarle la relación tan natural que tenían Ana y Stratus, como si su amigo pudiera romper esa barrera que él no se atrevía a traspasar.

—Me han dicho que la carrera de hoy ha sido un desastre..., coches rotos, broncas... —comentó Ana—. ¿Qué hacen aquí los Dragones?

—Bueno —sonrió Flow—, un poco desastre sí ha sido.

—Están picados, van a estar sin coche una temporadita —dijo Stratus irónicamente—. Y sin orgullo.

—No os peguéis mucho, ¿vale? —concluyó Ana, intentando mediar entre las miradas de odio que se lanzaban de lado a lado del bar.

—Si ellos no empiezan, no..., ya sabes que nosotros somos como monjitas descalzas de la caridad: *Love and Peace Forever* —respondió Flow.

—Ya..., monjitas, como si no os conociera.

—¿Puedes venir? —le pidió Ana a Stratus apartándolo un poco. Dejaron a Flow sentado en la mesa de billar y comenzaron a hablar en susurros, muy cerca, como contándose un secreto que no debía ser revelado. Flow no podía alejar la mirada de la mano de Ana, que cogía la de Stratus y no paraba de sonreír. Siempre hacían lo mismo y a Flow eso le sacaba de sus casillas. Lo intentaba, pero no podía soportar la idea que de Ana amase a Stratus y no a él; y al mismo tiempo, se sentía como un tonto por no hacer nada.

Flow miró el reloj, apuró su cerveza, observó de nuevo las carantoñas de su amigo con Ana y se acercó a los cubanos.

—Qué, Negro, si quieres te dejo un coche teledirigido, lo mismo se te da mejor que los coches de verdad, ¿no?

—No me busques, Flow, ¿qué quieres?

—Pues... ver si tu cara de parguela sigue siendo la misma que cuando te estampas contra los árboles.

Matt dejó de guardar vasos, se acercó a la escena y sacó de la barra un bate de béisbol y la caja de las peleas que guardaba para estas ocasiones. El bate era para defenderse por si a alguno se le ocurría atravesar la barra, y la caja era otra historia digna de contar. La testosterona era demasiado alta después de las carreras y raro era el día en que alguno no acababa a tortas en el Memphis después de perder. Por supuesto, nadie se lo iba a prohibir, algunas veces era un buen final para las noches aburridas. La caja de las peleas era una pequeña caja fuerte con una rendija, donde los que se habían dado de puñetazos depositaban unos cuantos dólares para los desperfectos. Así Matt se podía quedar tranquilo.